

de los veinte. Bajo la sombra de los golpes de Estado y de su ruidoso congenero Santos Chocano (1875- 1934) Eguren cultivó un refinamiento que colinda con el delirio onírico y la música de Claude Debussy. Los cuartelazos son tan pasajeros como la poesía declamatoria; sólo las delicadas violetas permanecen y duran.

La última generación del modernismo -Herrera y Reissig, Lugones, Eguren y Martínez Estrada- agotó en tres décadas casi todas las técnicas y recursos del arte poética; no hubo metros ni formas estróficas que no ensayaran, usaron casi todas las palabras del diccionario, tocaron todos los asuntos líricos y aun los prosaicos, y se permitieron audacias que desconcertaban al mismo Rubén Darío. La dicción de Eguren es pulcra y exacta; su música muestra tonos acaso sólo audibles para los gatos. Traza sus delirios con la mano de un miniaturista chino o gótico, con una fineza que no logró alterar la invención del aeroplano.

Como el boliviano Ricardo Jaimes Freyre, tuvo afición por la mitología escandinava, y llegó a crear figuras propias como Syhna la blanca, los Reyes rojos y la Diosa ambarina (que inspiró el más reciente poemario de Emilio Adolfo Westphalen). Adaptó al español la forma del lied heineano, e inventó varias estrofas de uso privado. En los duendes, títeres y marionetas de sus poemas, hay como una prefiguración del mundo dislocado y pintoresco de Alejandra Pizarnik. Discípulo a un tiempo de Hokusai y El Bosco, Eguren practicó el exotismo de los sueños y los paisajes interiores, abriendo así los postigos al viento del surrealismo.

En sus cuatro breves libros: *Simbólicas* (1911), *Sombra, La canción de las figuras* (ambos de 1916) y *Rondinelas* (1929), hay estampas y finas melodías que componen un Liliput doliente y alucinado, un mundo heredero de los de Jean Paul, Lewis Carrol y *El libro de Monelle*. Estos poemas para niños compuestos por un maestro del álgebra musical y la geometría de los sueños, reproducen figuras de la comedia dell'arte, el teatro de títeres y marionetas, las danzas y pantominas del XVIII rococó y la pintura de los prerrafaelitas. Eguren tiene afición por las cajas de música, los juguetes de porcelana, los figurines de dulce, la baraja española, los escudos de armas, los iconos religiosos, las figuras labradas del ajedrez, las capitulares miniadas de los libros medievales, los decorados

de biombos y *budoirs*, los caleidoscopios, dioramas y kinetoscopios, las "ilustraciones prófugas de las cajas de pasas". Sus libros componen con esta imaginaria una suerte de retablo de las maravillas, o un códice para niños desplegable y dinámico, que narra sus sueños, angustias y decepciones. En la mayoría de los poemas son breves el metro y la estrofa, a la manera de las rondas y canciones. Una música lánguida, nerviosa y sobresaltada refleja como un riachuelo este bosque abigarrado, este paraíso perdido de la infancia, este jardín de las delicias que cabe en una gota de agua.

Hijo enfermizo de una familia de la aristocracia decadente, Eguren pasó la vida entera en el elegante balneario de Barranco, en las afueras de Lima, a resguardo de las *olas civiles* y la retórica del prócer Chocano. Ahí estudiaba y recibía a sus amigos -el joven Martín Adán y José Carlos Mariátegui entre ellos. A partir de 1930 sólo escribió poemas sueltos, para revistas y antologías. Leyó a Huidobro y se carteaba con Carlos Sabat Ercasty; alcanzó a conocer la obra de Cesar Vallejo. Actualmente su poesía -que empezó a revalorarse desde la perspectiva de la vanguardia de los años veinte- se revela como una de las más importantes del *corpus* general de la literatura hispanoamericana.

José Asunción Silva: una vida en clave de sombra

de Ricardo Cano Gaviria

por José Ricardo Chaves

• Monte Ávila, Caracas, 1992, 538 pp

Si bien es cierto que lo que primeramente nos interesa de un autor es su obra y no tanto su vida, en algunos casos esta última parece ser la consumación de

la primera. No se trata del arte como imitación de la naturaleza, sino de natura en busca de un cuerpo artístico. Tal es el caso del poeta colombiano Jose Asunción Silva, baluarte de la renovación modernista de fines de siglo pasado, cuya obra y biografía causan interés y pasión a un siglo de distancia, quizás hoy aún más que en su propio tiempo.

Conforme pasan los años la figura de Silva se agranda y se enriquece, se matiza, a diferencia de algunos de sus compañeros de generación modernista que, revisitados 100 años después, nos resultan más bien anacrónicos, ampulosos, sobreestimados *en* su época, quizás infravalorados en la nuestra, esfinges que perdieron su secreto.

No es el caso del Silva poeta, a quien como autor nunca le han faltado lecturas críticas ni ayer ni hoy, aunque de distinto calibre. Dados los atractivos aspectos personales (incesto latente, viajes, orquídeas con Mallarme, libros perdidos en naufragio, suicidio ejemplar), mucho de lo dicho sobre Silva ha versado más sobre él que sobre lo por él escrito. No en balde la nueva biografía de Silva escrita por Cano Gaviria empieza con la observación que al respecto hizo el poeta José Juan Tabla: "Silva no tiene una biografía, sino una leyenda". La recuperación crítica del trabajo estrictamente literario ha sido mas lenta y, paradojas de la vida, tengo la impresión de cierto deslizamiento en el gusto de los lectores del Silva poeta -que es el ampliamente conocido- al Silva novelista. No se trata de sacrificar uno en aras del otro, pero sí de subrayar la vertiente narrativa del autor, que es la más descuidada.

En vida Silva fue conocido como poeta y traductor. Su oficio narrativo se vio oscurecido por la pérdida de manuscritos en un naufragio. A duras penas pudo reconstruir una novela, *De sobremesa*, terminada poco tiempo antes de su suicidio. A diferencia de sus poemas -conocidos y celebrados en vida del autor-, hubo de pasar un tiempo para que su novela fuera divulgada y aún más para ser justipreciada.

Usando la novela De sobremesa como referencia inevitable, un escritor también colombiano, Ricardo Cano Gaviria (1946), consumó lo que sin duda es el intento más completo y mejor logrado hasta ahora de reconstrucción biográfica de Silva. No estudia la relación entre la vida y la obra de una forma ingenua que

considere la obra como simple proyección de lo biográfico (identificación del protagonista con el autor). Tampoco cae en el vicio opuesto y complementario de rechazar lo biográfico para favorecer enfoques formalistas. El acceso biográfico de Cano Gaviria se logra entretejiendo tres figuras de Silva: primero, el esteta y cosmopolita, el “mas literario”; segundo, el desmesurado e histérico, el reformador imaginario de una república sudamericana; tercero, el Silva irónico, el de “gotas amargas”, el que quizás nos resulta mas atractivo, un Silva mas moderno que modernista.

Cano Gaviria navega, según confiesa, entre el Escila del academicismo y el Caribdis de la biografía novelada, a la que acusa de causar estragos en el género biográfico y en el novelístico. Prefiere desdramatizar, desnovar la corta existencia del poeta colombiano, buscar las claves ocultas (y las no tan ocultas) de *ese pacto biográfico* que es *De sobremesa*, en el que se aúnan un despiadado autoanálisis (siguiendo el modelo barresiano del diario) y la ficción novelesca a la Huysmans. Cano Gaviria hace acopio de una vasta documentación que le permite reconstruir (aunque sea en el nivel de la hipótesis) hasta detalles de vestuario y calzado, lo que, tratándose del dandi bogotano, no era poca cosa.

Tal abundancia de datos y de pruebas a ratos es mas bien contraproducente, en la medida en que retarda innecesariamente el ritmo de la narración biográfica, pero se entiende en aras del prurito historiográfico. En todo caso, esta biografía de Silva viene a sumarse a los esfuerzos de recuperación crítica del modernismo hispanoamericano, a su relectura y reconsideración, y, en el caso de Cano Gaviria, acudiendo a la biografía de uno de sus “fundadores”. Pareciera como que el género biográfico últimamente comenzara a cobrar un brillo inusitado en relación con la historia. Es como si la focalización en el individuo posibilitara un tipo de comprensión del biografado, de su entorno y su época que ni el mas sesudo ensayo histórico puede dar, quizás porque éste último tiende a privilegiar mas el contexto y lo general. Ojalá que esfuerzos semejantes se hicieran para otros autores del parnaso modernista.

GLOSA A LA GRAVE ADVERTENCIA
DEL SR. MUSACCHIO

Dice el señor Musacchio
que mis días están contados
si me atreviera a escribirlos
con un título robado.

¿Cómo explicarle al señor,
ahora gran financiero,
que una noche de verano
no es igual a ver un ano?

Erudito dominguero
acepta mi distinción
de lo contrario resulta
que plagiaremos los dos.

Alejandro Rossi

Notabene: hace 23 años el escritor chileno Fernando Alegría publicó la novela *Los Días Contados*. Es suficiente para que yo busque otro título. ¿Qué hará el Sr. Roura?